

NOTA NECROLÓGICA

El Dr. José Z. Polero

Fallece en esta capital, cuando ya se encuentra en prensa este número de ANALES, el Decano de nuestra Escuela de Veterinaria, cuyo nombre sirve de epígrafe a estas líneas.

Trazar su biografía, bajo el inmenso peso de la congoja que se cierne sobre esta casa de estudios superiores, es tarea improba y que requiere también el tiempo necesario para reunir y bosquejar los elementos indispensables que puedan configurar el perfil del profesional, del profesor y del Decano desaparecido.

Fué un colega que tuvo una arista singular marcada por su laboriosidad y su espíritu de organización. Sin duda influyó en su vida la disciplina se-



La cureña con los restos del Coronel José Z. Polero, llega a la Escuela de Veterinaria en la que se tributa un homenaje al Decano fallecido.

vera de la carrera militar, que abrazó desde joven, y en la que llegó al alto grado de Coronel, obtenido a concurso.

Pero en esta Escuela queda una huella muy personal de su actividad, de su trabajo, y es la obra desarrollada principalmente en el Instituto de Anatomía Normal. Fué un profesor competente y dedicado, un especialista que se destacó — con justos títulos — en las asignaturas que regentó durante largos años, desde la fundación de la Escuela. A él debemos todos los egresados un caudal de ciencia y experiencia que nos ha servido mucho en el ejercicio de nuestra profesión. Como Decano realizó una obra fecunda, interrumpida en esta segunda etapa de su actuación, por la dolencia pertinaz que lo llevó a la tumba.

Sus colegas, sus discípulos, los integrantes todos, técnicos y administrativos, de la Escuela de Veterinaria, le acompañaron conmovidos en el postrer peregrinaje y le ofrendaron las simbólicas flores que cubrieron su féretro.

DISCURSO DEL CONSEJERO Dr. ALFREDO DELGADO CORREA

Señores; El Consejo Directivo de la Escuela de Veterinaria, me ha encomendado la triste misión de despedir para siempre los restos mortales del Prof. José Z. Polero, el que hasta ayer fué su digno decano. Esa designación, por un capricho del cruel destino ha recaído en mí, el más modesto de sus discípulos el que ha tenido que oprimir el dolor de su corazón y pedir un momento de serenidad a su alma, para poder cumplir el mandato imperativo que traigo en esta triste misión.

Yo no voy a hacer el elogio de sus méritos, porque quizá mi palabra falta de elocuencia quitara brillantez a sus méritos y por lo tanto solo quiero destacar algunos rasgos culminantes de la vida de aquel compañero que ayer nos dejó para siempre, de aquel que en su vida fué un correcto caballero, de carácter enérgico modelado en el crisol de la disciplina militar; fuerte en su concepción, optimista y sonriente de la vida, fuerte y luchador incansable dotado de un dinamismo que solo pudo detenerlo la vara mágica de la muerte; fuerte en su amor a todo lo bueno, a todo acto noble y justo, pues dentro de su aspecto áspero y rudo como forjado para las luchas intensas de la vida, tenía un corazón lleno de ternura y de bondad y al decir de Amado Nervo yo diría: "Puedo afirmar que no supo retener en su alma el espacio más pequeño para el odio."

Tal fué la vida del Doctor Polero, cuando un sacudimiento rudo detiene el ritmo acompasado de nuestra vida, con su desaparición brusca e incomprensible que nos llega en forma de crepúsculo en medio de la brillantez de su carrera.

Allí está, el que hasta ayer fué nuestro digno Decano y Profesor el que durante 20 años se dedicó con amor y entusiasmo a la enseñanza de la Anatomía normal su materia predilecta, a la cual supo imprimirle un sello personal, pues supo enseñar con altura de maestro y honestidad profesional y no se limitó solamente al estudio clásico de la materia sino que enseñó

sus técnicas originales para la disección de ciertas regiones anatómicas pues su anhelo era facilitar la enseñanza de esta ruda materia y yo soy testigo fiel de estos hechos pues durante 10 años trabajé junto al Maestro en las frías salas de disección y allí pude apreciar las cualidades poco comunes de su carácter de investigador inteligente.

En el Decanato trabajó con entusiasmo y luchó siempre por el bien de la Escuela, defendiendo los intereses de la Institución pues eran sus deseos de ver a nuestra Escuela colocada como la mejor de sus similares y es por estos motivos que los compañeros del Consejo en representación de la colectividad profesional, han querido que fuera yo el que interpretara los sentimientos de gratitud por vuestros importantes servicios prestados a la causa común y por eso abrieron las puertas de nuestra casa de estudios para derribar el leño armonioso que guarda vuestros restos, y velar por un instante vuestro sueño, ofrendando sus flores más hermosas como homenaje póstumo a la memoria del compañero desaparecido.

Descansa en paz querido colega, y aunque tu cuerpo desaparezca para pasar a las entrañas de la tierra, tu alma nos acompañará siempre en los destinos de nuestra vida.

DISCURSO DEL Dr. MARIANO CARBALLO POU

Dos sociedades: la de Medicina Veterinaria a la que tengo el honor de pertenecer y la de Estudiantes de la misma rama del saber, cuya delegación ejerzo ante el Consejo de la Escuela de Veterinaria, me han confiado la penosa misión de saludar al profesor, colega y amigo que ingresa a esta augusta ciudad donde el sueño es eterno. Breve seré, instado por dos factores concomitantes que a ello me obligan, el uno, representado por la personalidad del extinto; rodeada durante su actuación terrena de la incomparable aureola propia del buen uso que de la vida hizo, y el otro factor decisivo me lo impone mi temperamento, opuesto a la oratoria fúnebre, estimando que las despedidas a los muertos queridos, son tanto más elocuentes cuanto más intensa es la solemnidad que les presta el silencio. Tampoco pasaré en revista los valores de que hizo gala el ilustre muerto, porque además de ser harto conocidos para la masa de sus amigos y allegados, sería larga tarea que conspiraría contra mi expresada resolución de ser breve.

A las dos Sociedades que represento alcanzó a beneficiar la actividad proteiforme del querido colega; en la de Medicina Veterinaria supo destacarse debido al interés que siempre mostró en contribuir a su engrandecimiento; sea cuando formó en la falange de sus asociados o al ejercer en múltiples oportunidades cargos directivos. En cuanto a la juventud estudiantil de la Escuela de Veterinaria, los integrantes de más de dos décadas le son deudores de los afanes puestos en evidencia para servir como apóstol a la causa escolar, pues recordemos, que desde la cátedra de Patología Quirúrgica, de Cirujía Experimental, de Anatomía e Histología Normales, fué siempre la revelación del profesor dotado de la virtud de la sabiduría,

amalgamada con la suavidad y la firmeza, que motivaron el justo renombre adquirido por este maestro en ambas costas del Plata. Ese mismo alumnado tiene también obra de reconocimiento para el que nos deja, a causa de los numerosos folletos y libros de que fué autor y que enriquecen el acervo científico de la bibliografía veterinaria, al par que le reconoce sus bien inspirados proceder en pro de la Escuela y de la profesión que hemos abrazado, cuando el Dr. Polero fué director, miembro del Consejo y Decano de la Escuela de Veterinaria.

Como ya lo expresé, largo lapso de su vida fué dedicado al ejercicio de sus estimables cualidades en procura del progreso de la Escuela y de la profesión, sorprendiéndolo la muerte mientras era decano. Aquellos que hará algo más de un bienio, contribuimos con nuestro voto a ungirlo como máxima autoridad de la Escuela, no titubeamos en ese nuestro propósito, pues teníamos fe inquebrantable de que el Doctor Polero sería capaz de imprimir a los destinos de este Centro docente y de investigación, rumbos claramente definidos, pues no otra cosa puede esperarse de los que como él, tienen el honroso privilegio de pertenecer a la falange de la aristocracia del carácter y de la inteligencia, única aristocracia cuyos blasones deben campear en nuestro medio.

Pero hará un año que el organismo del colega comenzó a flaquear, alterándose sus humores en forma tal, que trastornaron sensiblemente lo que fué en otrora voluntad e inteligencia excepcionales y es desde ese momento cuando comenzó la titánica lucha a la que asistimos sus amigos, la lucha entablada entre aquel gran carácter de triunfador que le imponía el cumplimiento de sus múltiples deberes y la enfermedad que no cejaba en la pretensión de inhibir su dinamismo, que en tiempos normales fué ejemplar.

Y venció el mal, desgraciadamente el mal vence al bien muchas veces en la tierra, aquella salud desapareció, y lenta, pero irremediamente fuimos perdiendo al querido compañero. ¡Esta sí que fué dolorosa comprobación!

Los que lo sostuvimos, llegamos a sufrir mucho, pues comprendíamos que prematuramente se concluía aquel gran realizador y más dolor embargaba nuestros espíritus, cuando Polero, en alguna de las pocas remisiones de su mal orgánico, aunque sufriendo mucho y aguantando, más al igual que aquel filósofo estoico, Epicteto, cuando Polero, — repito — en esos trances dolorosos, luchaba aun por la Escuela, esfuerzos que contribuyeron a dar fin a su ya menguada salud.

En lo que me es personal no me aterra la idea de la muerte, porque siempre he creído en el símil de la filosofía estoica, que parangona las vidas humanas a las espigas de la mies, es decir, que éstas nacen para ser segadas en su debida oportunidad, y también nosotros venimos al mundo para morir, pero es injusto e incongruente el prematuro deceso de Polero: la profesión, la Escuela, el País, tenían necesidad de él.

Si murió, que viva en cada uno de nosotros su recuerdo.